

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Teatros, Labores y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. La jóven italiana, por don A. Pirala.—Cartas á Julia, por doña Angela Grassi.—Las dos Rejas [poesía], por don Juan A. de Viedma.—El cirujano de Marina [continuacion], por don R. R. de Mendoza.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Bibliografía, por P. de V.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: *Figurin de Modas*.—*Grabado de Labores*.

INSTRUCCION.

LA JÓVEN ITALIANA.



En esa Italia de riente cielo, como nuestra Andalucía, donde nacen espontáneamente las flores en los campos, donde todo da alegría á los ojos y expansion al alma, tiene la jóven un tipo especial, debido á la naturaleza que la rodea.

Su educacion é instruccion varia poco de la española, escepto en que la italiana tiene algunas preocupaciones, aun cuando desde bien jóven se presenta en sociedad al lado de su madre.

En Italia, como sucede en la mayor parte de los pueblos de Europa, se diferencia la instruccion de la jóven bien acomodada de la de la pobre. La música, á la que tanta aficion hay, si la jóven rica la aprende y la cultiva magistralmente, la que no tiene medios la aprende por costumbre y la practica por devocion; pues se las ve delante del altar de la Madona, ofreciéndola flores en dulce coro, y con tal armonía, que parece que todas han aprendido á cantar. Y es que todas nacen, si no músicas, dotadas al menos de una verdadera vocacion por este arte sublime.

¡Cuántas veces en la pendiente de una colina, cuando las primeras sombras de la noche comienzan á deslizarse en el cielo, se escuchan esas voces puras, argentinas y melodiosas que le conmueven á uno, le sobrecogen, y le hacen prestar una atencion grata y

silenciosa! Los suaves y dulcísimos sonidos que se escuchan, parecen tan maravillosos que se crée uno trasportado, si no á un coro de ángeles, al concierto de una reunion de cantatrices. Y sin embargo, no son mas que pobres jóvenes que vuelven al hogar de sus padres; agrestes paisanas á quienes es totalmente desconocido el arte, pero no el sentimiento que les inspira, no la vocacion que las alienta, no el génio músico que las es innato y al que las estimula la naturaleza en que viven.

Cualidad distintiva es tambien de la italiana el fatalismo, en lo cual se parece á las musulmanas: así que para ella un amuleto, una reliquia, una devocion cualquiera, puede y debe cambiar el curso de los sucesos, y trastornar las leyes de la naturaleza, y los inmutables decretos del Todopoderoso. Sucede una desgracia, hay un sentimiento, y aunque segun las reglas ordinarias se debiera dirigir una plegaria al Eterno, buscar las causas de la catástrofe, y los medios de conjurarla ó disminuirla, en nada de esto piensa la jóven italiana, que reúne las reliquias que posee, y ora delante de ellas; se acuerda despues de una Madona de madera ó de piedra, de cualquier callejuela, que tiene la reputacion de hacer milagros, corre á arrodillarse delante de ella, ruega y llora, y vuelve á su casa convencida de que ya no tiene mas qué hacer, é inclina la cabeza bajo la desgracia, como podria hacerlo el mas fanático peregrino de la Meca.

No criticamos por esto ni la fé, ni la esperanza, ni las creencias de esas jóvenes; Dios nos libre: pero quisiéramos ver mas energía y razonamiento, ya que en aquellas cabezas cubiertas con una brillante cabellera, negra como el ébano, en aquellos rasgos tan bien formados, en aquellas frentes tan anchas, en aquellos ojos tan grandes, tan vivos y tan límpidos,

hay todo un mundo de grandes virtudes, de nobles cualidades, de entrañables afectos, de piadosas confianzas.

Pero adquieren el hábito del fatalismo, forman de él la costumbre, y aquellas criaturas tan bien dispuestas por el Creador para practicar todas las virtudes sociales; que tienen grandes corazones, alma noble y varonil, y el mas bello carácter, parece como que se ven abrumadas por una preocupacion, que es de toda la vida, y la rodea en todas partes.

«Yo me acuerdo, dice una ilustre italiana, que siendo pequeña me llevaba mi madre en los brazos á través de los Alpes para seguir á mi padre, arrostrando por él los mayores peligros y fatigas. Hasta entonces solo habia reinado en la familia la fortuna, la paz y la abundancia; todo habia sido felicidad, y todo se abandonó fácilmente cuando la madre y la esposa comprendió sus deberes. Entonces supo vencer todas las debilidades de la jóven, todas las costumbres pusilánimes adquiridas en el hogar paterno.»

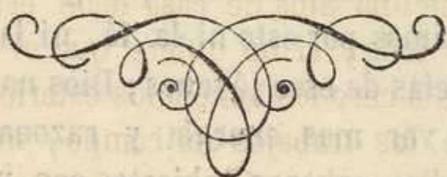
Esto es la jóven italiana, susceptible hasta de lo mas heroico; la hija de ese pais de los sueños, de la poesía, de la música y de las artes, de uno de los mas bellos climas del mundo, que no contribuye poco á dar especialidad al carácter.

Y si atendemos á la dominacion austriaca, que no ha podido menos de llevar algo de su pais, pero que al adquirir ese algo carta de naturaleza en otro suelo muy distinto habia de modificarse, comprendemos que lo que en Alemania son cuentos fantásticos, se hagan en Italia firmes creencias, y se preste culto á visiones exageradas y á sobrenaturales apariciones.

Así es que se ha hecho una exageracion de todo, nadie va sin amuletos, y se hacen explicar los sueños, y echar las cartas para ganar á la lotería ó conseguir lo que mas se desea.

Viva y ardiente la imaginacion de la italiana, necesita ocuparla, y cuando no puede hacerlo en los quehaceres de la vida ordinaria, en los que suele hallar monotonía, acude á lo extraordinario, y si no halla un goce halla un entretenimiento, y ha conseguido su objeto.

A. PIRALA.



CARTAS Á JULIA.

VII.

Allá vá mi confesion, Julia querida, pero por lo mucho que me cuesta hacértela, te ruego que no te rias de mí.

Cuando la abuela partió, yo quedé un rato suspensa. Aquel manojito de llaves me abrasaba las manos, comunicando á mi alma no sé qué loco sentimiento de orgullo y alegría. No hay ningun sér por modesto que sea, á quien no le halague la idea de mandar y tener alguna significacion en su casa. Me parecia haber adquirido repentinamente cierta autoridad que añadia muchos quilates á mi valor, y aquella confianza depositada en mí, por una mujer prudente como la abuela, me llenaba de contento. Mi primer deseo fué mostrarme digna de ella, y trasportada de un verdadero entusiasmo, corrí al aposento de D. Tomás, como al sitio en donde juzgaba que haria mas falta mi presencia.

En el momento en que yo entré, los niños estaban arrodillados delante del buen anciano, repitiendo las palabras que él les dirijia.

—Dá Dios mio tu eterno descanso á nuestra madre, decian con sus vocecitas puras y argentinas, y á nosotros amparo en este mundo.

Al verme, ambos enmudecieron, y D. Tomás se turbó!

Era éste un antiguo militar, y fiel observador de las leyes de la cortesanía quiso levantarse, sin pensar en sus piernas entumecidas, que le obligaron á caer nuevamente en el sillón.

Yo acepté con ánimo resuelto mi partido.

—María, Luis, exclamé, proseguí rezando, que yo rezaré con vosotros!... Veamos, repetid lo que yo os diga: «Dá, Dios mio, tu eterno descanso á nuestra madre, que nosotros tenemos otra madre en este mundo.»

—No, balbuceó Luis, no se dice así!

—Por qué? le pregunté.

—Cuál es la otra madre? dijo tímidamente María.

—Yo! exclamé con efusion cubriéndola de besos y caricias.

Los niños se miraron estupefactos el uno al otro, y advertí que D. Tomás tampoco acertaba á darse cuenta de mi extraño cambio.

Su sorpresa me avergonzó.

—Yo! yo soy vuestra madre! proseguí confusa, lo seré de aquí en adelante, y os querré tanto, hijos míos, que vosotros me querreis tambien!....

—Dios la bendiga á Vd., señora! exclamó D. Tomás alzando los ojos al cielo.

—Por qué no me llama Vd. Enriqueta?

El anciano volvió á fijar en mí sus ojos atónitos.

Luego me cogió la mano y me la besó con galantería.

—La abuela se ha marchado al campo, y tal vez no vuelva hasta la noche, dije yo para dar otro sesgo á aquella embarazosa conversacion.

Pero mi noticia hizo el efecto de una bomba, que estallase repentinamente en medio de un pacífico rebano.

Los tres se miraron como consternados y como si se tratase de una gran desdicha.

Te confieso que aquello me indignó.

—Pues qué! no estoy yo aquí para reemplazarla? dije con cierto tono de suficiencia, haciendo resonar las llaves.

—¡Oh, dijo D. Tomás, no haga Vd. caso, hermosa niña, los viejos somos algun tanto egoistas, y cualquiera innovacion en nuestros hábitos, cualquiera perturbacion en los cuidados que tenemos costumbre de recibir, nos violenta y contraría. Pero no quiero pasar á los ojos de Vd. como un frio egoista, no! Es que su presencia tambien me alegra y me consuela. La debo tanto! Ella ha sido mi providencia, por ella no paso mi triste y desconsoladora vejez entregado á manos mercenarias, ó acaso tal vez en el hospital.

—Pero Vd. es su pariente! le dije, no sin algun despecho.

—Pariente lejano de su marido. ¡Oh, es bien triste y bien corta mi historia! Dos palabras; pero cuántas amarguras! Quedé huérfano desde la niñez, y mis tutores administraron tan bien lo poco que tenia, que sobre no darme carrera, no pudieron rescatarme del servicio militar, al tocarme la suerte de soldado! Ah, cuando el punto de partida es tan bajo, es muy difícil, casi imposible, llegar hasta la cima! Solo haciendo muchas pruebas de valor, pude salvar el profundo abismo que media entre un soldado y un oficial. Tenia treinta y seis años, cuando me dieron el grado de subteniente sobre el mismo campo de batalla; pero este grado lo conquisté al precio de una herida peligrosa. Imposibilitado de seguir al ejército, me detuve en Palencia, y llegué á tal extremo de postracion, á consecuencia de mis padecimientos, que los médicos, como único recurso, me ordenaron que saliera al campo. Esto era muy fácil de decir, pero y los medios? Me acordé de mi segundo tío, Antonio Menendez, que residia en este pueblo, y me decidí á probar fortuna. Entonces no pensaba yo, que resentido el sistema nervioso á causa de la herida, debiese quedar en este estado.

Cuando llegué, casi moribundo, mi tío Antonio se estaba paseando por la sala baja, y su mujer, la buena Catalina, ó la abuela, como la llaman todos, cual si fuese la abuela universal, cosia al lado de la ventana.

—Hijo, me dijo bruscamente el primero, volviéndome la espalda; si has contado conmigo has contado

mal. Nosotros estamos atrasados, y no nos hallamos en el caso de hacer ni el mas ligero dispendio. Puedes ir á instalarte en el meson; si quieres yo te recomendaré al mesonero; pero nada mas.

—Pero todo esto mañana, dijo la abuela levantándose apresuradamente y corriendo hácia mí. Mañana, no es verdad, Antonio? Porque ahora es casi de noche, y no habrá nada dispuesto en el meson.

—Pueden llevar de aquí el colchoncillo verde.

—¡Oh, los colchones se estropean de llevarlos de un lado al otro, y ese se halla todavía en muy buen estado. Se hará como tú quieras, Antonio, pero yo creo que esta noche es mejor que la pase aquí. Arriba hay una cama demás, y me parece que un cocimiento, que es lo que á lo sumo necesitará este caballero, pronto se hace.

Y al decir esto, la abuela me estrechaba tan dulcemente la mano, que yo no tuve valor para resistirme.

Me condujo á mi cuarto, á este mismo, puso dos colchones de los suyos sobre el colchoncillo verde, único que decoraba la cama inmemorial, y despues de haberme prodigado toda clase de atenciones me dijo al retirarse:

—Antonio es un poco brusco, pero bueno en el fondo, muy bueno!

Al dia siguiente, agravado mi mal, no pude dejar el lecho, en el cual permanecí ocho meses.

Yo no sé de qué medios se valdria aquella santa mujer, para hacer que su marido no me arrojase á la calle: lo que si es, que no hubiera estado mejor ni mas cariñosamente asistido si hubiese sido mi madre la que hubiese velado á la cabecera de mi cama.

Al fin recobré la salud; pero quedando en el estado que Vd. vé. ¡Ah, Enriqueta, que iba á ser de mí, solo en el mundo, solo, con mi exigüe paga de subteniente é inútil para el trabajo!

No obstante, yo adivinaba todos los milagros de caridad que tenia que obrar la pobre abuela para tenerme á su lado, y un dia la manifesté mi decision de partir.

—Partir! me dijo, en estremo conmovida; qué ingratitud! Ahora que yo necesitaba de Vd...

—De mí! exclamé sorprendido.

—Sí, para que nos ayudase á mí y á mi marido....

—Ayudarle yo! murmuré sonriendo tristemente.

—Pues! repuso la abuela con mucha seriedad. El caso es que una ama de casa debe estar en ella, y velar sobre todo, si no quiere que el despilfarro diario reduzca á cero los beneficios exteriores. Ahora bien: durante los trabajos del campo, mientras mi marido está en una posesion, yo tengo que estar en la otra, y en vez de llevar las cuentas de la cocina, ocuparme de las de la hacienda. Además, que tampoco me queda tiempo para coser, y me veo precisada

á sostener una doncella, en lugar de que si mi marido tuviese quien le ayudase á velar sobre los trabajadores, yo podría suprimirla, y entregarme enteramente al gobierno interior de la casa. Ya vé Vd. que el trabajo que Vd. tendría que hacer podría hacerlo sentado. Mi marido estaba tan contento con mi arreglo, porque á la verdad, veía como yo que todas las ventajas estaban de nuestra parte...

Yo quise arrojarme á sus piés y bendecirla.

—No, me dijo sonriendo, nosotros somos los que ganamos en esto...

Ah! bien lejos estaba de ser así: yo entré á formar parte de la familia; pero la doncella quedó suprimida, y la infeliz abuela tuvo que sufrir muchas privaciones y entregarse á los mas rudos quehaceres. Esto me desgarraba á veces el corazón; pero ella venía á mí con su dulce sonrisa, y aducía tal copia de razones para probarme que hacía su gusto, que casi siempre acababa por convencerme y dejarme consolado. Llegó á tanto su delicado modo de proceder, que no solo consiguió que su marido me estimase y me juzgase útil, sino que hasta yo mismo muchas, muchas veces, me hago la ilusión de que sirvo para algo y no soy un estorbo en esta casa.

Así es que me he identificado tanto con ella por la gratitud y por el afecto, que cuando no la veo me parece que he perdido la luz de mis pupilas... que soy ciego!...

D. Tomás casi lloraba al decir esto, yo estaba vivamente conmovida, y cosa estraña, ya no sentía ningún movimiento de despecho. La emulación se veía precisada á ceder su lugar al entusiasmo, que nos inspira una virtud esclarecida y justamente celebrada.

Hasta aquí todo iba regularmente, mi amada Julia, pero necesito descansar antes de referirte los sucesos de aquel día.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LAS DOS REJAS (1).

I.

Hace ya un año que á Flandes
Partió el apuesto doncel,
Jurando á la misma reja
Enamorado volver.

(1) Del libro inédito *Cuentos de la Villa*.

Y hace un año, que cerrada
La villa esta reja vé,
Sin que músicos ni rondas
La hayan abierto una vez.

Los que pasan murmuran,
¿Quién guarda fé?
Y oculto eco responde,
Quien quiere bien.

II.

En la calle de Santiago
Dos noches há que á las diez
Embozado caballero
Está de una reja al pié,
Y en vano á las celosías,
Con militar altivez,
Llama el galán. No es aquella
La reja que se abre á él.

Si en otra preguntase
¿Quién guarda fé?
Abriendo, le dirían,
Quien quiere bien.

Amantes que van á lides,
¿Quién los vió amantes volver?
Almas que apartó el olvido,
¿Quién las unirá otra vez?

Por eso al tornar de Flandes
Trueca el amante doncel
La reja de la constancia
Por la reja del desdén.

Por eso muchos dicen,
¿Quién guarda fé?
Y muy pocos responden,
Quien quiere bien.

JUAN A. DE VIEDMA.

EL CIRUJANO DE MARINA.

[Continuacion.]

II.

Badenwiller es una pequeña población colocada en la pendiente de una montaña al pié de la Selva-Negra, y cuya situación parece haber sido dispuesta de propósito por un poeta que quisiese hacer una descripción del paraíso terrenal. Encadenada por montes y

bosques, el valle se extiende por bajo de la villa, bordada de flores, que las aguas minerales hacen nacer allí, y parece á una pieza de terciopelo pintado que se hubiese desarrollado al sol. Su escasa estension aumenta todavía su belleza, porque la vista abraza todos los encantos, y el oído percibe á la vez todos los murmullos. Por lo demás, nada falta á este rincón de tierra oculta en el fondo de salvajes gargantas, ni la gracia, ni el poder, ni la frescura. Diríase que Dios ha querido concentrar en este estrecho espacio todo lo que disemina por los demás. La naturaleza es allí como el perfume de todas las rosas en la delicada bolsita de olores que respira la Sultana.

Badenwiler, como su nombre lo indica, es una villa de baños. Los Romanos tuvieron allí otras veces sus Termas, de las cuales se muestran todavía al viajero curiosas reliquias. Al presente solo se dan cita para este lugar los ociosos de segundo orden, que por economía, ó por timidez de trato, temen las mundanas reuniones de Baden. Se encuentran en Badenwiler algunos suizos fumando al lado de sus mujeres, que hacen calceta, y gran número de alsacianos, que se reconocen fácilmente por el cuidado con que hablan en francés delante de los alemanes, y en alemán delante de los franceses.

En el momento en que tomamos de nuevo el hilo de nuestra historia, los bañistas hospedados en la *Ville de Carlsruhe*, uno de los mejores hoteles de Badenwiler, estaban reunidos bajo una pequeña calle de acacias, plantadas cerca de la casa, y Mad. Perscof, vecina de Mulhouse, donde habia tenido *parientes burgo-maestres*, como ella se gozaba en repetir, era una de esas honradas madres de familia, cuyas palabras todas, todas sus acciones, y todos sus pensamientos no parecían encaminarse mas que á un fin, y sobre cuya frente podria leerse: *tiene hijas que casar*. Todavía jóven á la muerte de su marido, habia tenido la habilidad de hacer de su estado de viuda una especie de posicion social; y sus desgracias como sus virtudes habian pasado al dominio público. Luego que sus hijas llegaron á ser jóvenes, se sirvió hábilmente de la proteccion general que se le dispensaba, para establecer ventajosamente á las tres mayores: mas cuando le llegó el turno á la cuarta, experimentó algunas dificultades que no esperaba. Su casa habia venido á ser para los jóvenes que se hallaban en estado de agrado, como la caverna del leon: habian visto entrar en ella tres, de los cuales ninguno volvió á salir, y esto les alejó de allí con terror. Por mas que Mad. Perscof recurrió entonces á los bailes y los téés, hablando de su abuelo el burgo-maestre, nadie se presentó. En fin, viendo la imposibilidad de colocar convenientemente á Clemencia en Mulhouse, se decidió á buscar por otra parte, y la condujo á las aguas de Badenwiler, donde se hallaba hacia seis semanas.

Despues de haber saludado por sus nombres á todos

los bañistas, y haberles preguntado á cada uno por sus reumatismos, ó pedídoles noticias de sus parientes, Mad. Perscof hizo sentar á su hija, y la conversacion, suspendida un instante á causa de su llegada, volvió á reanudarse por el giro en que fué interrumpida.

—Hallo, en efecto, dijo una gruesa dama que ocupaba lo menos tres sillas, que hay algo de extraño en la conducta de esa miss Morpeth. ¡Venir aquí sola con una especie de ayo! ¿qué significa esto?

—Eso no es tan extraordinario como pensais, replicó otra señora que pasaba por conocedora de las costumbres de Inglaterra, solo porque su marido estaba suscrito á la *Revista británica*; es necesario tener presente que miss Morpeth es inglesa, y las inglesas viajan siempre solas ó con sus amantes: esto no es extraño en sus costumbres.

—Qué inmoralidad! repuso Mad. Perscof.

—Al hecho, ¿qué es ello, sino que Mr. Burns sigue por todas partes á la bella inglesa? Ella pretende que este es un amigo de su familia, pero un amigo no tiene todas esas pequeñas atenciones; mas bien tiene aire de un enamorado.

—Y sin embargo es muy viejo.

—¿No son los viejos sobre todo los que pretenden á las mujeres de cierta clase? Y Mr. Burns es rico, sin duda?

—Qué infamia! exclamó Mad. Perscof, yo no soy mas que una pobre viuda; mas si tuviese una hija como esta miss Morpeth...

—Despues de todo, le interrumpió la señora que leia la *Revista británica*, vos la juzgais quizás demasiado severamente. La Inglaterra es un país libre, ellos tienen el *habeas corpus* y los *hustings*, todo esto influye sobre las costumbres: es necesario participar del uso.

—No hay aquí otro uso que el nuestro: esta inglesa es una coqueta. ¿No ha conseguido trastornar la cabeza al caballero Launay, un hombre que hubiera podido labrar la dicha de cualquiera señorita bien educada?

—Silencio, dijo la dama gruesa, él llega.

En efecto, Eduardo Launay acababa de aparecer á un extremo del terreno plantado de acacias. Se aproximó lentamente, saludó á los bañistas, y se sentó sin decir nada, en un banco aislado. Mad. Perscof, despues de haber tosido, por hallarse bastante apartada del jóven, y de haber cambiado su silla para mostrarle un sitio entre ella y su hija, se decidió á hacerle una invitacion directa, pero Launay rehusó políticamente aproximarse, de lo cual se picó la vieja señora.

—Al hecho, dijo ella, vuestra presencia sola entre nosotros, es en este momento, Mr. Launay, un verdadero favor; pues si no me engaño, esta es la hora de vuestro ordinario paseo con miss Morpeth. ¿Qué ha podido cambiar hoy vuestra costumbre?

—Miss Morpeth me habia advertido ayer que no saldria esta mañana.

—Entonces ha cambiado de parecer, dijo la gruesa dama, porque héla que vuelve de una excursion por el bosque con su inseparable compañero Mr. Burns.

Launay se levantó vivamente. La jóven inglesa llegaba en efecto á la puerta del h6tel montada sobre uno de esos borricos, con su silla de madera, que sirven para las excursiones de la Selva-negra. Cuando ella vi6 á Eduardo, se puso encarnada como la grana, salt6 á tierra con una vivacidad espantosa, y entr6 en el h6tel sin esperar á su acompa1ante. Mr. Burns asombrado mir6 á su alrededor como buscando la explicacion de aquel des6rden; mas á la vista del jóven franc6s, que se hallaba á algunos pasos inm6vil y p6lido, pareci6 comprenderlo todo, y moviendo la cabeza con aire descontento, iba á subir á su vez las gradas del h6tel, cuando Launay le cogió del brazo.

—Caballero, le dijo con agitacion, desearía tener una explicacion con vos.

La fisonomía del inglés se despejó como si hubiese esperado y deseado este paso.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero.

Ambos tomaron el camino del parque. Despues de haber andado una centena de pasos, Launay se apart6 á un lado, y viendo que se hallaban sol6s:

—Caballero, dijo deteniéndose un momento, sabeis, sin duda, cuál es el motivo que me conduce cerca de vos?

—Creo conocerle.

—No podreis ignorar ni mi amor á miss Morpeth, ni las esperanzas que he debido concebir de verme correspondido. Sin conocer los derechos que teneis á su confianza, sé que os mira como á su consejero. A vos, pues, es á quien demandaré cuenta de su conducta. He preguntado á ella misma, y se ha turbado; ha mezclado vuestro nombre á no sé qué respuesta que no he podido comprender; sus lágrimas han detenido mis preguntas. ¿Querriais hacerme conocer porqué se ha obrado en ella el gran cambio que advierto desde vuestra llegada? por qué miss Fanny evita mi presencia? Y en fin, para citar un hecho, ¿por qué despues de haberme advertido que no podria salir esta mañana ha cambiado de opinion en vuestro favor?

—Me preguntais, caballero, muchas cosas á la vez, respondi6 friamente Mr. Burns. En cuanto al paseo que acabo de dar con ella, tenia necesidad de hablarla á solas, y ayer me habia prometido acompa1arme al Blaou.

—De ese modo ¿me enga1aba?

—Decid mas bien, caballero, que ha querido dulcificar una repulsa con una mentira inocente. Os doleis de su reserva desde mi llegada; mas si lo reflexionais bien, vos mismo sentiríais que antes de determinarse á una cosa de la cual va á depender su feli-

cidad de toda la vida, no procurase conocer lo que debe temer ó esperar.

—No sé si os comprendo, caballero, respondi6 Launay, cuyas mejillas se coloraron; mas si se trata de detalles sobre mi vida ó mi posicion, estoy pronto á darlos.

—Os escucho.

—Soy Breton, y de una familia honrada; mi padre muri6 siendo capitán de fragata en Brest. Huérfano á los quince años, he servido como cirujano en la marina real, cuyo puesto he dejado hace diez y ocho meses. En cuanto á mi fortuna, al decir esto la voz de Launay tembl6, es fácil de comprobar. Poseo 400,000 francos en rentas sobre el Estado, y de ello estoy pronto á presentar la prueba.

—Todas estas noticias tienen un grande interés para miss Morpeth; mas permitidme que os diga, que viniendo de vos no bastan.

—Caballero, exclam6 Launay, eso es un insulto.

—No tal, esto es prudencia.

—¿Y, bajo qué título, despues de todo, me interrogais por estos detalles? ¿Cuáles son vuestros derechos sobre miss Morpeth? ¿Vos mismo quién sois, caballero?

—Un amigo que vela por su honor, y no otra cosa.

—¿No puedo decir á mi vez, viniendo de vos, esta respuesta no es bastante?

—Caballero, dijo el inglés con entereza, tened presente que sois vos quien se ha llegado á mí; no os he pedido que me hagais confiancias ni que me creais: he podido consentir en interrogaros, pero sin obligarme á responderos. Desde que esta posicion respectiva no os es conveniente, nuestra conversacion carece de objeto.

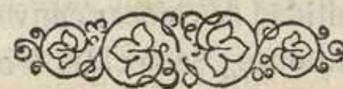
A estas palabras Mr. Burns salud6 á Launay con una fria política, y tom6 el camino de la posada.

En el momento que él entraba, miss Fanny, que habia seguido de lejos su conversacion con el jóven franc6s, levant6 la cabeza para adivinar el resultado por su fisonomía; mas este exámen no hubo sin duda de pronosticarle nada favorable, porque cruz6 sus manos y baj6 la cabeza sollozando. Mr. Burns le dirigi6 una mirada llena de compasion, y le dijo á media voz:

—Esperad todavía, ni1a, posible es que todo pueda arreglarse.

(Se continuará.)

R. R. DE MENDOZA.



LABORES.

La que muestra nuestro grabado, tiene por primera recomendacion la novedad: es un *servilletero* bordado en tafilete ó cabritilla, con aplicaciones de moaré, mostacilla, cordon de oro, cinta estrecha, llamada *melindre*, de raso lila, y torzal maiz.

Principiase, como en todas las labores hechas en piel, por fijar ésta sobre un pedazo de lienzo en el bastidor, y sobre ambos marcar el dibujo: hecha esta operacion, se pasa á aplicar en los sitios marcados los cuadrilongos de moaré, dándoles un hilvan alrededor y acabando de sujetarlos con una cinta melindre, que se fija encima y se cose, abrazándola de un lado á otro con un punto hecho con torzal y otro al lado, saltando luego un espacio corto, y repitiendo otros dos puntos, como marca el dibujo en toda la dimension de la cinta; los cuatro ángulos deben sujetarse al fondo con algunos puntos menudos, hechos con seda del color de la cinta.

Las flores que adornan el centro de los medallones se hacen con mostacilla blanca, partiendo del centro á la orilla, para lo cual no tendremos necesidad de decir que hay que ensartar en la aguja tantas cuentecitas como la hoja necesite de largo: el corazon de la flor le forma un circulito de mostacilla dorada, con una cuenta de acero mayor en el centro. Como el dibujo será exacto en dimensiones al que presentamos, pues va hecho en tamaño natural, no escediéndose de él dará precisamente las distancias necesarias para todo. Las otras cuentas mayores que van en triángulo á los lados de la flor, deberán ser negras, y no estará demás advertir que todo este trabajo de las cuentas debe estar hecho con torzal para darle mayor solidez.

El festoneado que ocupa el fondo en la parte exterior de los medallones está hecho con cordoncillo de oro, cosido al fondo con seda dorada.

Terminado esto, está ya bordada nuestra labor, y falta solo tratar de armarla, para lo cual trataremos de eliminar al encuadernador, que acaso lo haria con mas perfeccion, pero nos quitaria la vanidad de haberla concluido con nuestras propias manos. Para esto, no hay mas que quitarla del bastidor, recortar las ondas, poner por detrás una cartulina de la misma forma, forrando todo esto con moaré lila, que se recortará al borde de las ondas, sujetándolo todo con una cintita del mismo color, colocada como un ribete, montada sobre el borde para que vaya la mitad á cada lado.

Un broche, ó sencillamente unas presillas hechas con cordoncillo, y unos botones dorados, cierran esta linda labor, que como verán nuestras lectoras, no

presenta ninguna operacion dificil, ni se compone de ningun accesorio de costo, reuniendo todas las ventajas que pueden apetecerse en un juguete de este género, que tiene además en su abono su reconocida utilidad.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

BIBLIOGRAFÍA.

Nuestra apreciable colaboradora la señora doña María del Pilar Sinués de Marco ha principiado la publicacion de una BIBLIOTECA MORAL Y RECREATIVA, de la que se repartirá cada mes un tomo en octavo prolongado, al precio de ocho reales cada uno, pagaderos en el acto de recibirlo. Los suscritores que adelanten el importe de los seis primeros tomos, obtendrán gratis, y en el acto, un ejemplar de la coleccion de cuentos morales, que con el título de *A la luz de una lámpara*, forma un lindo volúmen. Las suscripciones se reciben en las principales librerías, y en la calle de Trujillos, núm. 3, cuarto bajo.

Nuestras lectoras conocen ya otras producciones de la señora de Marco, por las que podrán juzgar del mérito de esta Biblioteca, que se recomienda por el párrafo siguiente de su prospecto.

«Ahora, que el lujo mas desmedido invade y devora los recursos de todas las clases de la sociedad; ahora que las fortunas modestas—y estas son las mas—no pueden sufragar á las jóvenes los crecidos gastos que el mundo exige, hacen mas falta que nunca libros que enseñen la conformidad y resignacion cristianas; libros que sirvan de cariñosos amigos, que se lean en torno de la mesa de labor, y cuyas dulces imágenes hagan olvidar las seducciones de un baile, las perlas y los encajes, que están vedados á tantas nobles jóvenes de la clase media.»

Aprovechamos con gusto la ocasion del anuncio de la nueva publicacion de esta fecunda é inspirada escritora para emitir nuestra opinion hácia un ramo de literatura bastante abandonado en España, y cuyo vacío, á nuestro sentir, está llamada á llenar la mujer. Hablamos de la novela.

Sabido es que por el poco lisonjero porvenir que ofrece la literatura, ó por otras causas que no son de este lugar, nuestros escritores se dedican al periodismo ó escriben para el teatro, y son contados los que aspiran al título de novelistas.

No será EL CORREO DE LA MODA, en cuya redaccion toman parte tantas y tan distinguidas escritoras, y que entre los objetos de su publicacion cuenta por uno de los principales dar á conocer sus producciones, quien niegue á la mujer la competente suficiencia para ocuparse con fruto de todos los ramos del

saber humano ; pero nos parece que ni su naturaleza, ni su método de vida, les permiten abrazar la literatura en toda su estension, sujetarse á sus reglas, ni practicar las consultas de autores, y otras investigaciones que requiere.

Por el contrario, la viveza de su imaginacion se presta mas á las obras de ingenio, y es lo comun darse á conocer primero como poetisas, para adquirir despues una reputacion literaria como autoras de leyendas ó novelas morales.

Hay un género de literatura que sin ser superficial es poco profundo, y seduce mas por la belleza de la forma que por la verdad del fondo, y al cual es inclinada la mujer por su naturaleza impresionable. Su sensibilidad comunica además á los objetos que toca un sello admirable de delicadeza y buen gusto, y su tacto esquisito le hace comprender en todos sus detalles las virtudes y flaquezas de la humanidad: alguna vez las exagera, pero siempre las pinta con gracia y verosimilitud.

Estas circunstancias la favorecen para dedicarse con buen éxito á la novela: y si su vocacion la llamase á escribir para el teatro, estará mas en su lugar en una comedia de costumbres que en un drama de grande efecto. Hay, sin embargo, excepciones que respetamos, pero aun en estas mismas encontramos la razon de nuestro parecer. Jorge Sand dista mucho como escritora dramática de la celebridad que ha adquirido como novelista, y aun entre nosotros, y sin que esto sea mas que una apreciacion particular, encontramos mas natural, como mujer, á la señora Avellaneda en la *Hija de las flores* que en *Alfonso Munio* y *Baltasar*, á pesar de la mayor importancia de estas dos producciones.

Muchas señoras se dedican hoy á la literatura: librenos Dios de aumentar su número con nuestras escitaciones; pero á aquellas que por su vocacion, por su posicion social, ó por los estudios que han recibido, hagan una profesion de la literatura, les aconsejaremos dediquen sus tareas al género que mas se adapte á la naturaleza y sentimientos de su sexo.

P. DE V.

MODAS.



Explicacion del FIGURIN núm. 672.

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de seda verde mar, adornado de tiras de glasé negro y guipur.

Falda adornada en el bajo por tiras de glasé perpendiculares, con los extremos cortados en cola de pes-

cado, y guarnecidas de guipure, unas de 35 centímetros y otras de 37, colocadas en la costura y mitad del paño, alternadas. Tres tiras estrechas negras van colocadas en biés entre las anteriores, y cada una sirve de cabeza á un volantito verde puesto á tablas, y terminado al canto por un guipur. Otro guipur sirve de cabeza al primer biés negro.

Cuerpo alto, liso, con peto redondo.

Manga entrecana, de codo, adornada al borde como la falda, aunque muy en pequeño el adorno.

Cuello de encaje; *mangas* de linon con puños guarnecidos tambien de encaje.

Sombrero de crin negra, con adornos de paja, de glasé pajizo y de flores de amapola. El ala va adornada al canto por dos agremanes de paja, abriéndose el segundo para reunirse por detrás debajo de la copa: bavolet de seda con agremanes de paja al borde, terminándole una puntilla negra. Un grupo de amapolas ocupa por ambos lados el espacio que dejan entre sí los agremanes, y otra flor igual, entre dos lazadas negras, va colocada sobre la frente, entre el rostrillo blanco.

FIG. 2.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de muselina de seda blanca con flores de color de malva, adornado con glasé de este color.

Falda con seis volantitos, terminados al canto por un rizado de glasé, y separados en dos órdenes, á los que sirve de cabeza una tira ancha del mismo glasé, atravesada por otras mas estrechas, colocadas perpendiculares sobre la anterior: este adorno se repite mas estrecho sobre el segundo orden de volantes.

Cuerpo escotado, á lo *Rafael*, fruncido en la espalda y el pecho, adornado el escote con tiras cruzadas como la falda: talle redondo, y cinturon de seda con lazo por delante.

Manga ancha, formada por dos guarniciones, repitiéndose al canto de ellas el adorno del escote.

Camiseta con gola de tul y mangas interiores de lo mismo.

Sombrero de tul moteado blanco, con ala y copa lisas, rodeada esta última con una cinta malva: un encaje rizado adorna el ala al borde, y otro ancho cubre completamente el bavolet de tul. Completan el sombrero rostrillo blanco con un grupo de flores malva y follaje en el centro, y cintas de atar color de malva.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR PROPIETARIO—P. J. de la Peña.



de Broder
Lamoureaux Imp. r. Lacede. 38, Paris.

Jules David

672

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris Rue de Richelieu, 92.

Coiffures de la M^{me} R. Lhopiteau. Robes de Pauline Couder, r. Vivienne, 41. Modes d'Alexandrine, r. d'Antin, 14.
 Tilman, r. de Richelieu, 104. Dentelles de G. Violard, r. de Choiseul, 3. Corsets de la M^{me} Simon, rue S^t Honoré, 183.
 Bonneterie et Passementerie Ala Ville de Lyon, 6. Ch^{emise} d'Antin. Foulards pour Robes du Comptoir des Indes. B^{onnet} de Sebastopol, 115.
 Parfums de Violet fournisseur de S. M. l'Impératrice, r. S^t Denis, 317. Envoi de la M^{me} de Commission Lassalle et C^{ie}, r. Louis le Grand, 37.

EL GOBIERNO DE LA MODA

Introducción

El Gobierno de la Moda es un concepto que se refiere a la influencia que el poder político tiene sobre la industria de la moda.

Este documento analiza el papel del gobierno en la regulación de la moda.

El primer punto a considerar es el impacto de las políticas gubernamentales en la producción y distribución de la moda. El gobierno puede influir en la industria a través de impuestos, subsidios y regulaciones. Por ejemplo, los impuestos sobre el comercio exterior pueden afectar el precio de las prendas importadas, mientras que los subsidios pueden apoyar a las industrias locales. Además, las regulaciones sobre el etiquetado de la ropa y el uso de materiales pueden afectar la calidad y el precio de los productos.

En segundo lugar, el gobierno puede influir en la moda a través de su papel como consumidor. Los funcionarios gubernamentales y las agencias estatales pueden influir en las tendencias de la moda al adoptar ciertos estilos o materiales. Esto puede ser especialmente relevante en el caso de los uniformes oficiales o la vestimenta de los representantes del gobierno.

Por último, el gobierno puede influir en la moda a través de su papel como regulador. El gobierno puede establecer normas sobre el etiquetado de la ropa, el uso de materiales y el comercio exterior. Estas regulaciones pueden afectar la industria de la moda de varias maneras, como el aumento de los costos de producción o la reducción de la competencia internacional.

En conclusión, el gobierno tiene un papel importante en la industria de la moda. A través de sus políticas, regulaciones y acciones, puede influir en la producción, distribución y consumo de la moda. Este documento ha analizado algunos de los aspectos más importantes de esta influencia.